

FRANCISCO A. ENCINA. *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Santiago, Editorial Universitaria, 1997, 295 páginas.

En las *Cartas de un diablo a su sobrino*, leemos que Dios desea que los hombres se ocupen del presente, ese punto en que el tiempo toca la eternidad a la que los ha destinado. En cambio –aunque C.S. Lewis nos previene que podría estar mintiendo– el diablo afirma que él prefiere hacerles vivir en el futuro, ya que del pasado tienen algún conocimiento real. Puede que el diablo haya subestimado sus reales posibilidades, al no preguntarse primero dónde escogerían vivir los hombres, ya que a muchos el pasado les da al menos la impresión de estar acabado, y no creen que haya algo allí más difícil que el presente, ni más incierto que el futuro. Es así como el pasado les parece repleto de batallas a las que hubiesen sobrevivido y elecciones en que hubieran sido triunfadores; hay en él fama y poder, y también riquezas bien habidas.

Esto conlleva la seductora posibilidad de que, como género literario, la historia cumpla una función de purgar a los pueblos de sus odios y temores, de manera análoga a la manera como la tragedia ayuda al espectador individual. Según Encina, sin embargo, el verdadero historiador logra un saber místico del pasado, y debe limitarse nada menos que a traerlo al presente, libre e incontaminado de otros propósitos. No obstante, estimaba que la decadencia de la literatura histórica en Chile –tan importante durante el siglo XIX– se debió principalmente a la pretensión de alcanzar una imagen objetiva del pasado a través de un razonamiento causal sobre los hechos, y al consiguiente aburrimiento del lector. En ese sentido, largas páginas

de este texto, publicado por primera vez el año 1935, están dedicadas a evaluar lo que considera limitaciones de la personalidad de Diego Barros Arana, reflejadas inevitablemente en su obra, pero de influjo aún más negativo sobre la de sus seguidores y malos imitadores. No obstante reconocer las proporciones gigantescas de su labor, Encina le negaba lo que consideró más importante en un historiador: la sensibilidad artística, esa capacidad de intuir y entregar una imagen concreta del pasado, aquello que sólo se puede lograr zambulléndose rápida y frecuentemente en él, pero manteniendo siempre los ojos abiertos. Sólo quien pueda hacerlo, según Encina, estará en condiciones de reconstruir a partir de simples indicios y datos fragmentarios, el alma de los personajes, el sentido de los acontecimientos, la evolución de las ideas y el cambio en las sensibilidades.

Es probable que el estudio preliminar de Alfredo Jocelyn-Holt deje las cosas en su lugar, cuando vaticina que el interés por Encina seguirá vigente sobre todo en la historia de las ideas. La mayor parte de las referencias a autoridades científicas ya no tenían interés ni valor en la época en que Encina escribió, lo que puede haberse debido al aislamiento en que prefirió escribir. Pero, más allá de las citas algo pedantescas, y en la medida que es un nítido reflejo del clima intelectual europeo de la época, el influjo en su obra de pensadores como Schopenhauer o Bergson resulta bastante singular, y digno de mayor análisis.

No sólo es indudable la magnitud de los éxitos editoriales que ha tenido su *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, de la cual se ha incluido como apéndice a esta publicación los prólogos a la primera y segunda ediciones, y el muy complementario prólogo al tomo XIX. Es también probable que ese éxito se repitiese si llegase a haber una nueva edición de formato más moderno, y debidamente anotada. Es que, más allá de la petulancia que trasuntan alguna de sus páginas, lo anacrónico de ciertas pretensiones pseudo-sociológicas, lo francamente absurdo de su explícito racismo, y lo descabellado de sus perfiles psicológicos de aquellos personajes que le resultaban especialmente antipáticos, Encina es el verdadero artista que quiso ser.

Potenciada por su fuerte personalidad, esa es la mejor razón para reeditar estos textos de Encina. Sus méritos como historiador profesional ya han sido zarandeados con bastante rigor por sus críticos, pero aún en estos pasajes de índole sólo aparentemente técnica queda en evidencia la consideración que tiene por sus lectores. Entre los historiadores clásicos, Tácito se distinguía por renunciar desde la partida a toda posibilidad de lograr un conocimiento exhaustivo del pasado, y se limitó a ofrecer al lector sólo el relato de aquellos hechos que fueron conspicuos por lo excelentes o notorios por lo infames. En los *Anales* sostenía que la más alta función de la historia es no permitir que acciones valiosas queden sin conmemorarse, y presentar la reprobación de la posteridad como un terror para las palabras y hechos malignos. Así se explica que los lectores sean víctimas de los prejuicios de los historiadores, y de sus cambios de opinión. Revisionismos de toda laya, argumentando una perspectiva mejorada, convierten a los peores monstruos en santos incomprendidos, los hechos más atroces se tornan explicables, y épocas tenebrosas se llenan de luz sobrenatural. Lejos de Encina, en cambio, todo propósito moralizante. Es cierto que para él no basta que el autor haya logrado entender al actor de

la historia, sino que debe hacerle hablar de manera que resulte comprensible a su lector, para lo cual habrá una selección inevitable de los hechos y personajes más representativos, y una presentación llena de vida, en sus propias palabras, *cálida y jugosa de color*: los hechos y personajes históricos deben, por sobre todo, apasionar al lector. Y en los trabajos que componen esta publicación, Encina parece haberse propuesto que su lector se abanderice con esos personajes por derecho propio que son los historiadores, de la misma forma con que quisiera comprometerle en las vicisitudes más dramáticas de la anarquía o en los hechos de 1891.

En el cumplimiento de este propósito, además de Barros Arana, arrasa con figuras como Miguel Luis Amunátegui, Ramón Sotomayor Valdés y Crescente Errázuriz, mientras a otros parece considerarlos sólo dignos de ser apartados de un papirote. Aunque los respeta, circunscribe mucho los méritos de Benjamín Vicuña Mackenna y Alberto Edwards. Mientras unos escritores son inteligentes, pero carecen de profundidad, otros se dejan encandilar por sus visiones; por momentos, Encina deja la impresión de valorar más lo verdaderamente histórico que puede hallarse en memorialistas como Vicente Pérez Rosales, o las intuiciones más bien poéticas sobre el pasado, que adivina en ensayistas como Nicolás Palacios. De la decadencia que percibe, sólo se dignaría rescatar obras de tema expresamente enfocado como *La Historia de la Guerra del Pacífico* de Gonzalo Bulnes. Para Encina no hay auténticos historiadores en Chile antes que él: todos meramente *se asomaron a la historia*.

Aunque su título puede sugerirlo, sería un error pensar que el interés de este libro está limitado a historiadores, o estudiosos de otras disciplinas. Cuando el autor es un personaje de aristas tan agudas como Encina, también un público simplemente inquieto puede entablar con él un diálogo muy sugestivo. En vista que, según el propio autor, la historia necesita rehacerse sin cesar, sea por efectos del hallazgo de nuevos materiales, los cambios en las percepciones de los especialistas, las mutaciones en el ambiente intelectual, o las mudanzas en los gustos de los lectores, habrá momentos de incomodidad, cuando no de franca indignación, de perplejidad cuando no de total desorientación. Pero es en la controversia donde más se abren planos para esa mirada distante y escéptica que es el privilegio del lector inteligente.

FREDERIC SMITH